

(d)

GÉNERO Y CULTURA POPULAR

En uno de los capítulos de *Los Simpson*, la pequeña Lisa compra, emocionada, la última versión de Stacy Malibú (el equivalente a nuestra Barbie).¹ La novedad consiste en que después de 50 años de existencia, la muñeca habla. Pero para consternación de Lisa, el repertorio de frases es de lo más indignante: “Me encantaría que en la escuela enseñaran a ir de compras”, “¡Vamos a hornear unas galletas para los chicos!” o “No me preguntes: sólo soy una chica (risita vacua)”. Obviamente, la comprometida y concienciada Lisa no puede quedarse de brazos cruzados y pide a su madre que la lleve a la fábrica de Stacy Malibú para presentar sus quejas. La conversación entre ambas es enormemente reveladora: aunque Marge apoya a su hija e insiste en que siempre defienda sus ideas, considera que quizás está yendo más allá de lo razonable en su denuncia de que toda una generación de niñas se comportará como Stacy Malibú y la tomará como modelo y, finalmente, concluye en tono conciliador: “Yo tuve una Stacy Malibú de pequeña y no me ha pasado nada. ¡Vamos a olvidarnos de estos problemas con un gran bol de helado de fresa!”. La respuesta de Lisa no deja lugar a dudas; poniendo en funcionamiento a la muñeca y situándola frente a su madre, oímos a Stacy diciendo: “¡Vamos a olvidarnos de estos problemas con un gran bol de helado de fresa!”. Huelgan los comentarios.

Este ejemplo, tomado deliberadamente de un texto perteneciente a la cultura popular, resume de forma simple y muy gráfica la razón de dedicar un monográfico a los estudios culturales dentro de una publicación feminista. El ejemplo me parece impagable por su carácter auto-reflexivo: por una parte, la muñeca es espejo de los propios personajes de la serie, en la medida en que su potencial para llegar al público, ser consumidos y disfrutados, los convierte en un poderoso foco generador de ideología; por otra parte, el papel que desempeña Lisa, su capacidad para detectar esa ideología en el producto que ella consume y su agudeza para prever las consecuencias que se aparejan a la –en principio– inocua muñeca resulta ser un simpático y clarísimo ejemplo de lo que es el compromiso feminista.

La inmensa mayoría de las feministas suscribirían la idea, creo yo, de que el principal cometido político del feminismo es cambiar un imaginario colectivo, entrecruzado por discursos de la naturaleza más variada, que construyen categorías –como el género– y les atribuyen una serie de

¹ “Lisa vs. Stacy Malibu”, temporada 5, 1993/1994.

marcas que, a base de extenderse, camuflarse, repetirse y perpetuarse acaban conformando la realidad. Si, en efecto, entendemos que ése es el cometido del feminismo, resulta difícil –por no decir imposible– olvidar el análisis y el trabajo con toda esa producción cultural (la cultura popular, la baja cultura, la cultura de masas...nombres todos ellos insuficientes y sesgados) que, nos guste o no, es más representativa y desde luego mucho más ubicua que la mayoría de textos canónicos que se estudian en las aulas de cualquier Facultad de Humanidades.

Es precisamente el compromiso político en el análisis de los textos estudiados lo que, sobre todo, une al feminismo y a los estudios culturales: la interrogación común acerca del grado en que las fuerzas culturales nos conforman como sujetos y, citando a Jonathan Culler, “de qué modo podemos usarlas para otros propósitos, ejercitando nuestra responsabilidad [agency]”.² Ese propósito, que Culler define sencilla y certeramente en un manual básico de Teoría Literaria como propio de los estudios culturales coincide casi punto por punto con el del feminismo, y por tanto, parece lógico que la alianza entre ambas líneas esté llamada a forjarse. Al fin y al cabo ambas líneas (junto con los estudios post-coloniales, la *queer theory*, el pensamiento post-estructuralista y otras tantas) forman parte de lo que Harold Bloom dio en llamar la Escuela del Resentimiento.³

Aunque Bloom y su famosa elegía por el cánón queden ya algo lejos, el autor resulta ser la cabeza visible (como, sospecho, él mismo pretendía) de una larga lista de desconfiados académicos que a día de hoy siguen compartiendo –y haciendo públicos– sus recelos respecto a “los resentidos”. La contribución de Bloom fue y es impagable en la medida en que justifica por sí sola la existencia, cultivo y ejercicio de todas esas líneas del resentimiento, y sobre todo, porque verbaliza y hace evidente la parafernalia ante la que nos hemos de medir en tanto que partícipes de todas esas peligrosas escuelas de pensamiento (y es que ya se sabe que las desgracias nunca vienen solas, y los que se interesan en una de esas escuelas casualmente participan o simpatizan con las demás; casualmente).

Como es sabido, Bloom considera todas estas prácticas académicas “resentidas” como una especie de herejía contra el corazón mismo de la cultura, una cultura, claro está sin adjetivar y que por tanto, entre líneas, está adjetivada como pura, limpia, inmutable, incontaminada y de interés exclusivamente estético (que quiere decir no ideológico). Frente a ella, se supone, hay otra cultura, impura, sucia, cambiante, contaminada y cuyo único atractivo es puramente ideológico. Huelga decir que el primer dominio es el de la alta cultura y el segundo es el de la baja cultura, la cultura

² Entre las muchas definiciones posibles de estudios culturales, he escogido la más básica o cuanto menos la más difundida y utilizada en las aulas, esto es, la que proporciona Jonathan Culler en su *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona, Crítica, 2000: 60.

³ Término que acuñó en su polémico y famoso libro *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama: 1996.

popular, la cultura de masas... dominios absolutamente estancos y separados, al menos en el discurso de Bloom y compañía.

Casi ruboriza tener que insistir en que esa tranquilizadora división es artificiosa y bastante falaz: la cultura se produce, se vende y se consume, sea una película de arte y ensayo, una edición académica de un clásico medieval, un comic, o un *reality show*. La retórica del consumo funciona en todos los casos: la cuestión es que parece que hay unos textos consumibles y otros inventariables, y la línea que los separa se basa, las más veces, en un criterio tan frágil como manejable. Se trata del criterio estético, que redime a algunos de esos textos de su naturaleza "consumible" y los convierte en un bien digno de ser conservado y hasta venerado. El mismo criterio estético que convierte a unos textos en indiscutible objeto de estudio y obliga a desarrollar una amplia justificación para estudiar a los otros.

El error está en creer que la estética y la ideología son –como postula Bloom– dos posiciones enfrentadas. Volvamos a *Los Simpson*: como Lisa, se puede ser una admiradora de Stacy Malibú y darse cuenta, al mismo tiempo, de que sus palabras rezuman sexismo. Pero claro, este es un ejemplo espúreo, que no proviene de un texto canónico, bello y verdadero, sino de un simple artilugio para el entretenimiento. Citemos algo doblemente canónico, citemos a Cervantes, citado por Pierre Ménard, citado por Borges: " ... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Si la historia es madre de la verdad y el pasado es ejemplo de lo presente y lo futuro, hay que reconocer que ni la cultura en general ni la literatura en particular son una serie de monumentos estables. De hecho, el propio Shakespeare, epítome de la cultura en mayúsculas, alfa y omega del cánón, según Bloom, no dejaba de ser un empresario teatral cuyas producciones tenían una finalidad comercial y un propósito de entretenimiento más que evidente. Lo cual viene a decir que la estética no es incompatible con la ideología, ni mucho menos con la economía.

De hecho, la propia discusión académica que estoy evocando de forma, lo reconozco, bastante irónica y a muy grandes rasgos forma parte de la gran cuestión de fondo: la naturalización de ciertas prácticas culturales, entre ellas, los usos académicos. Mientras aún no es necesario cuestionarse porqué se estudia la versificación de Lope usando un método positivista (es de lo más natural, ya saben), todavía resulta extremadamente sospechoso que se tome como objeto de estudio una serie de televisión o un icono de la moda utilizando otros instrumentos metodológicos, que suelen ser calificados como modas rabiosas y pasajeras. Ese doble rasero a la hora de valorar las prácticas académicas también es bien conocido por el feminismo en particular y por toda la escuela del resentimiento: a Cervantes o a Shakespeare se les estudia porque son Cervantes o Shakespeare y nada tiene que ver que ambos sean escritores europeos; en cambio, a las autoras se las estudia porque son autoras; a los escritores y escritoras cuyo contexto y obra se enmarca en la descolonización se les estudia por eso mismo, a las obras que tematizan la homosexualidad se las atiende por esa

razón, etc. Curiosamente, los tan llevados y traídos valores estéticos universales e incuestionables son los primeros que borran, sin el menor rubor, sus defensores, cuando se trata de hablar de otras prácticas académicas que les son ajenas. Esos “razonadores imparciales de la historia”, palabras de María Lugones que encajan a la perfección, sostienen una posición incoherente “en su actitud hacia el género, raza y cultura propias y de los demás. Tiene que potenciarlos y a la vez ignorarlos”⁴ es decir, tienen que situarse en esa cultura blanca, limpia, natural y a la vez, mostrar constantemente cuán manchados estamos los demás por nuestras contingencias. Y así, en fin, se sostiene esa doble posición que naturaliza ciertas prácticas culturales, sean usos académicos o costumbres amatorias, sean juicios de valor sobre ciertos textos o posiciones políticas mientras enfatiza la parcialidad, artificialidad y subjetividad de otras.

Aunque parezca sorprendente, la idea que estoy exponiendo, la (falsa) naturalidad de (cierta) cultura es bastante antigua –que ya Barthes puso de manifiesto en su famosa *Mitologías*– pero sigue siendo un campo de batalla. El campo de batalla, para ser precisos. Y este monográfico nace con ansias de librarla doblemente y atender tanto a la naturalización de ciertos rasgos de género en los discursos culturales, como a la naturalización de ciertos textos como único y exclusivo objeto de estudio de la Academia. Surge, pues, como la búsqueda de complicidad entre esos dos brazos del “resentimiento” que son los estudios culturales y la crítica feminista.

Si esa complicidad existe, o no, es decisión de l@s lector@s; no obstante, resulta un motivo de satisfacción poder ofrecer una serie de artículos, en castellano y/o catalán, dedicados a compatibilizar el estudio del género y de la cultura popular. Si bien los estudios culturales son una disciplina asentada en otros ámbitos académicos (el anglosajón, principalmente), resulta algo más complicado poder publicar y/o leer sobre estas cuestiones en el ámbito hispánico. Buena cuenta de ello pueden dar algunas de las investigadoras que, con generosidad y entusiasmo, han participado en este monográfico: tanto los que disfrutan de una carrera académica consolidada y han abierto caminos en este ámbito (Meri Torras, Sara Martín, Isabel Santaulària) como los que siguen con entusiasmo esas vías desde una carrera incipiente y prometedora (Beatriz Ferrús, Pau Pitarch, Marina López, Stephanie Marriott, Noemí Novell) pueden dar fe de lo extraño e incluso arriesgado que todavía es transitar por estos caminos, al menos, en España. A la vez, es un privilegio poder contar en esta publicación con las contribuciones de académicas de reconocido prestigio internacional, como Joanne Hollows, Kathleen Rowe Karlyn y Claudia Herbst, cuya consolidada trayectoria se hace palpable en sus respectivos artículos.⁵ Como coordinadora de este Dossier, asumo que habrá quién considere una frivolidad dedicar los esfuerzos investigadores a analizar la

⁴ María Lugones, “Pureza/impureza/separación” en Neus Carbonell y Meri Torras, *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999: 246.

⁵ Quiero hacer constar mi agradecimiento a las autoras, así como a sus respectivos editores a la hora de facilitar el permiso para reproducir y traducir sus textos.

Lectora 11 (2005)

(d)

figura de Dana Scully, los anuncios de productos específicos para quienes practican el “body-building”, o las películas de Wes Craven. Me gustaría pensar que incluso l@s más escéptic@s verán esos textos de otra forma cuando los hayan leído pues, a mi juicio, el gran mérito de las contribuciones que mis colegas me han brindado no es otro que proporcionar una mirada crítica y lúcida, que asumiendo las posiciones desde las que se habla y no dando nada por hecho o por natural, muestra cómo nada es banal y cuyo resultado cumple a la perfección con la clásica, canónica y romana cita de Terencio: “Homo sum; nihil humani a me alienum puto”.

ISABEL CLÚA